

# DIARIO DE CORDOBA

NÚM. 14.398

VIERNES 31 DE MARZO DE 1899

AÑO L

## VIERNES SANTO

### Muerte de Jesús

El astro del día hallabase en el punto más alto de su carrera para presenciar el más lúgubre acontecimiento que jamás presenciaron los siglos. ¿Qué iba a acontecer? Un augusto reo injustamente condenado, Jesús, el divino Jesús, resplandor de la gloria del Padre, luz para la revelación de las gentes y Redentor anunciado durante cuarenta siglos por los profetas, tenía meditado en su altísimo pensamiento, asombrar al mundo con un acto lleno de terribilidades para su alma sacratísima y de alegrías inefables para el género humano: el acto de su muerte afrentosa.

Sobre la tierra maldecida con maldiciones del cielo que encendieron los crímenes de un mundo empecatado, en medio de un pueblo sobre el que Dios había hecho llover raudales de misericordia y muchedumbre de beneficios, junto a los muros de aquella ciudad que había entonado hosannas y bendiciones al gran Hijo de David, a través de los destellos de un sol clarísimo y a las doce del día, que llamamos hora meridiana, veíase alzada sobre un monte próximo a Jerusalén una cruz salvadora más esplendente que los astros, memorable para el mundo, *splendidior cunctis astris, mundo celebris*, y a la cual celebró nuestro insigne poeta Calderón en aquel canto dramático:

“El madero soberano  
Iris de paz que se puso  
Entre las iras del cielo  
Y los delitos del mundo.”

Enclavado en ella y rodeado de lúgubre majestad pendía el divino ajusticiado, el pacientísimo Hijo de Dios armado de valor sobrehumano para sufrir los dolores que atormentaban su corazón sacratísimo y daban de lleno en su alma bendita.

¿Qué ocurre en aquella montaña maldecida con las pisadas de inmensas muchedumbres de un execrable pueblo y santificada por la augusta presencia de aquel divino Crucificado?

Jerusalén y el Cristo, Hijo de Dios vivo eran el centro visual de las miradas del cielo y de las miradas de la tierra. Jerusalén se revuelve y arremolina en mil encontrados giros sobre aquella cumbre; sus habitantes todos han confluído al lugar del drama sangriento; gentes forasteras se han agrupado allí ávidas de presenciar aterradores sucesos, y mientras crece la impía algazara y todo es rebullición, inquietud y desasosiego, sólo Jesús permanecía en silencio devorado por atroces tormentos; y sin embargo de tormentos tantos, su rostro era apacible, el casto centelleo de sus ojos revelaba lo pacífica que se hallaba su alma, al saber que era inocente y exento de toda culpa.

A pesar de todo la hora de la redención se acercaba, los tristes vaticinios debían tener matemático cumplimiento, y el Hijo de todo un Dios debía morir en un patíbulo.

Sonó la hora nona, trastornando las leyes de la naturaleza, y el Santo de los santos y Santificador de los hombres expira lleno de dolor y de amor hacia un mundo culpable en un afrentoso leño, símbolo de infamia hasta entonces, y desde su muerte convertido en signo de salud y de gracia por el contacto divino.

Jesús, el gran Obrador de milagros, el gran Predicador de Galilea, el gran resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia cuélgica de la cruz cadavérica; a su muerte sucede el terremoto del mundo, el sol recoge su luz, y la proyecta sobre el santuario de las inteligencias para que vean la luz del Evangelio; el trueno retumba en el cielo causando retemblo en las conciencias; el rayo estalla y serpea en una ennegrecida atmósfera formando zigzag espantosos, y se desgaja partiendo las peñas, queriendo significar que a la muerte de Jesús deben romperse de dolor los corazones humanos; el velo del templo se rasga, porque cesa la ley antigua y se inaugura una religión nueva; chocan unas contra otras las piedras, todo se enluta y el sentimiento es universal en la naturaleza.

Falleció Jesús, pero muerto y desde la Cruz sacrosanta extiende sus brazos ofre-

ciendo a los hombres el reino de los cielos, y con su divina cabeza inclinada saluda amorosamente a la humanidad dirigiéndole la más grata enhorabuena, porque el mundo acaba de ser redimido.

Llor perpétuo, gloria sempiterna y alabanza sin fin dada sea en el cielo y en la tierra al Cristo de la redención, al Cordero divino que lava, borra y destruye los grandes pecados del mundo.

¡Cante la humanidad al divino Crucificado himnos de bendición, pues reportó victorias y triunfos sobre la muerte, sobre el pecado y el infierno!

FR. LUIS DEL PSMO. CORAZÓN DE MARÍA,  
Carmelita Descalzo.

### VIERNES SANTO

Las galas del templo han desaparecido por completo: el tañido de las campanas, esa gran telegrafía eléctrica de los católicos, que habla al corazón, ha enmudecido; los acordes de los instrumentos sagrados no resuenan bajo las bóvedas del templo; las antorchas que le iluminan, como ilumina la fé, y que simbolizan la alegría del amor, no brillan ni reflejan su luz; los ministros del santuario, dominados por profundo recogimiento, aparecen en medio de los fieles, por cuyas mejillas se desliza una lágrima de dolor, mientras que de los labios de los sacerdotes ni brotan los cánticos llenos de unción, ni las plegarias que elevan al cielo las súplicas que le dirigen los hombres.

Una sola ceremonia da comienzo a las grandes solemnidades de este día: es simbólica de pena y desolación: denota arrepentimiento y expresa penitencia; es muda, pero penetrante confesión de culpabilidad, que pesa sobre la conciencia y gravita sobre el corazón. Los sacerdotes, prostrados ante la infima grada del altar, desnudo de sus vestiduras, apagados sus cirios, exhausto de todo ornato, dicen sin pronunciar palabra, y claman al Señor sin entonar oración alguna, “perdona, perdona a tu pueblo... ¿El pueblo obtendrá el perdón?”

Si Jesús murió por salvarle, ¿le abandonará ahora que le habla arrepentido? Y los ministros sagrados recuerdan al pueblo fiel y cristiano los misterios de la Pasión, que son los misterios del amor de un Dios, y que sellados quedaron en el que fué infamante patíbulo, y convirtiéndose en ara de sacrificio y sublime testimonio de amor.

El sacerdote descubre la Cruz; la levanta ante los ya redimidos en aquel árbol santo, y los hijos de la Cruz, mientras que la saludan y bendicen, se postran y la adoran; y el ósculo de sus labios, estampado en el lábaro de la redención, es sello de amor que no cambia y de ternura que brota y se complace en descubrirse en testimonio de justa gratitud.

Algunos momentos después todo habrá quedado en silencio. Necesario es el recogimiento, y los sentidos deben cerrarse, y el corazón solo latir a impulsos que despiertan unas palabras augustas, cuya meditación absorbe el entendimiento, y cuyo eco, jamás extinguido, hiere, conmueve, atrae y domina. La Iglesia ha tomado en sus labios las últimas palabras que Jesús pronunció en la Cruz.

Los hijos de tan bendita madre las recogen, y auxiliados por la divina gracia, reflexionan la grandeza de sentido que aquellas palabras encierran. Son tan sublimes, que más bien sentidas parecen que preponderadas.

Quisieran comprenderlas bien, y aceptarlas como la más grande lección y el documento más augusto. La luz purísima que irradian y el amor infinito que encierran, por ser tan intensos y sobrenaturales, fuera gran bondad llegasen hasta el hombre, harlo limitado de suyo, por ministerio de mediación; que levantase a la criatura y la prestase grandeza, de la que no puede presumir. Todo está previsto en el orden de la gracia. María, la Madre de Jesús, ha quedado sola. En su soledad se consagrará a instruir, guiar y atraer a esos hijos, para quienes bajó la luz del cielo, y a cuyos corazones se dirigieron aquellos documentos de amor.

La Iglesia Santa concluye las grandes so-

lemnidades del Viernes Santo, entregando a sus hijos a la Santa Virgen para que no la dejen sola, para que oigan la explicación de las palabras que se dijeron al expirar Jesús, de quien las oyó al pie de la Cruz misma. ¡Qué sublime espectáculo el de María, diciendo a sus nuevos hijos: “Venid, que yo haré llegue a vosotros la sublimidad del testamento de amor que se pronunció para vuestro bien por mi Hijo, que ha muerto por vosotros mismos!”

LCD. JOSÉ SERAFÍN LÓPEZ ALCALÁ,  
Presbítero.

### EL DESCENDIMIENTO

Ignóranse las particularidades de esta piadosa operación, pues los Evangelios se ciñen a decir que José y Nicodemo quitaron de la Cruz el cuerpo del Salvador. Bien pudo llevarse esto a cabo levantando la cruz del hoyo en que estaba encajada, e inclinandola poco a poco hasta ponerla en el suelo, para el fin de desenclavar al Señor más fácilmente y sin necesidad de manosearlo ni exponerse al peligro de que se les cayese ó viniese encima, y esta era, en verdad, la forma más usual de ejecutar esta clase de operaciones. Mas es posible también que la ejecutasen de otra manera, es a saber, perseverando la cruz enhiesta y llevándose unos con escaleras a los brazos para desclavarlos, mientras que otros sostenían el tronco del cuerpo de Jesús hasta que, desclavados los pies, pudiese ser descendido a la tierra el peso sagrado. De cualquier modo que lo ejecutasen, es probable que ayudasen a José y a Nicodemo en esta faena el centurión y los soldados que habían crucificado a Jesús y custodiado su cadáver, y aun los amigos y allegados del Señor que estaban en el Calvario, entre los cuales no faltaban los buenos discípulos de Jesús, ni menos la Santa Madre de éste, ni ninguna de las piadosas mujeres que la habían acompañado en su dolor y sido testigos de la crucifixión y de las agonías de su muerte.

Es ocioso referir ni ponderar los sentimientos de respeto, de devoción, de piedad entrañable de que estaba penetrada aquella santa compañía, ni el dolor que angustiaría sus pechos, ni las lágrimas que brotarían de los ojos, ni los suspiros que se escapaban de los pechos enternecidos al bajar de la cruz el cadáver del Santo Maestro. Pero ¿cómo es posible no detener el pensamiento en la dulce Madre de Jesús, que, aunque atravesada del más agudo dolor, no se separa un momento del cuerpo sagrado de su Hijo, que corre ansiosa a abrazarle, que le recibe en sus brazos y le aprieta fuertemente contra su seno, y juntando rostro con rostro, imprime en él ósculos entrañables en que se derrama toda la ternura del pecho maternal? ¿Qué ojos no se humedecen con las lágrimas al ver las que sosegadamente corren por el rostro de María? ¿Quién no se pasma y enmudece de dolor al considerar el acerbísimo que quebranta su sagrado corazón?

P. MIGUEL MIR.

### SANTO ENTIERRO

ALCALDIA CONSTITUCIONAL DE CORDOBA

A las cinco de la tarde del Viernes Santo deberá salir de la iglesia parroquial del Salvador y Santo Domingo de Silos la solemne procesión del Santo Entierro, establecida por Real cédula fecha nueve de Febrero de mil ochocientos veinte, y con el fin de que las autoridades y demás Corporaciones invitadas a este acto religioso tengan conocimiento del lugar que les corresponde ocupar, de acuerdo con el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de esta diócesis, se fija el orden siguiente:

- 1.º Batidores a caballo.
- 2.º El Arbol Santo de la Cruz y los acogidos en el Asilo de Mendicidad y Casa de Socorro-Hospicio.
- 3.º El Santo Cristo de Gracia.
- 4.º El convite hecho a las Corporaciones por el Excmo. Ayuntamiento.

5.º El Jefe del Ejército a quien el excelentísimo General Gobernador militar de esta provincia se sirva ofrecer el Pendón y los demás jefes y oficiales a quienes invite para este acto.

6.º El Santo Sepulcro.

7.º La sagrada imagen de Nuestra Señora de la Soledad, acompañada del clero y cruces parroquiales.

8.º El Preste con los Diáconos.

9.º La Excmo. Diputación provincial.

10.º El Excmo. Ayuntamiento cerrando la procesión, seguido de las bandas municipal y militar de música y de las fuerzas del ejército que constituyan la escolta.

La procesión se dirigirá desde la iglesia del Salvador por las calles de Santa Victoria, Estudios, Angel de Saavedra, Pedregosa, Céspedes, Obispo Herrero, Puerta de Santa Catalina a la Santa Iglesia Catedral, saliendo por la del Perdón y continuando por las calles de Torrijos, Cardenal González, San Fernando, Librería, Ayuntamiento, Plaza del Salvador, Alfonso XIII, María Cristina y Letrados, a terminar en el punto de partida.

Córdoba 28 de Marzo de 1899.—Juan L. Velasco.

### Sección religiosa.

SANTO DE HOY.—Santa Balbina, virgen y mártir, y San Félix, mártir.—Mañana, Santa Teodora, virgen y mártir.

DIVINOS OFICIOS

SÁBADO SANTO

En la Catedral.—A las ocho y media, los Oficios solemnes del día. *Angélica*, cantada por don Antonio García Rivero. A las diez Misa en sol mayor a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, por el señor Gómez Navarro. *Laudate Dominum*, a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, del mismo maestro. *Magnificat*, a cuatro y ocho voces y órgano, del maestro Soriano Fuertes.

San Pedro.—A las siete.

Salvador.—A las ocho.

San Francisco.—A las ocho.

San Nicolás.—A las siete y media.

San Juan.—A las ocho.

San Miguel.—A las siete y media.

Santiago.—A las ocho.

San Andrés.—A las siete.

San Lorenzo.—A las siete.

Santa Marina.—A las siete.

Iglesia de nuestro Padre San José (San Cayetano).—A las siete, bendición del cirio, y a continuación habrá misa solemne.

Esclavas del Corazón de Jesús.—A las seis.

Colegio de la Piedad.—A las nueve.

Convento de Corpus Christi.—A las seis y media.

Santa Ana.—A las siete.

El Cister.—A las seis.

Capuchinas.—A las seis y media, se cantará *Angélica*.

Santa Isabel.—A las ocho.

Santa María.—A las nueve.

DOMINGO DE PÁSCUA

En la Catedral.—A las nueve. Misa de Pontifical. Predicará el Dr. D. Víctor J. de la Vega y de Bascarán, Canónigo. Misa en sol mayor y *Sequentia* a cuatro y ocho voces, con grande orquesta, por Gómez Navarro. Después de la Misa el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis dará la Bendición Papal en uso de las facultades Apostólicas que le fueron concedidas por Breve Pontificio de 26 de Abril de 1898.

Todos los fieles que habiendo confesado y comulgado recibiesen dicha Bendición ganaran indulgencia plenaria.

OTROS CULTOS

Hoy, a las seis de la tarde, habrá en el monasterio de religiosas de Santa Marta Corona Dolorosa, con misterios y letanía cantada, sermón a cargo de un R. P. Misiónero del Inmaculado Corazón de María, concluyendo con el *Stabat Mater* cantado.

—Mañana, a las seis de la tarde, dará principio en la iglesia parroquial de San Nicolás de la Villa la novena de San Francisco de Paula.

Imp. del DIARIO DE CORDOBA.

